

PARAPETOS HABITACIONALES EN LA MESETA SOMUNCURA PROVINCIA DE RIO NEGRO

Carlos J. Gradin

La Meseta de Somuncura ocupa una amplia porción de la provincia de Río Negro, entre los paralelos 41 y 42 de latitud sur y los meridianos 66 y 68 de longitud oeste, aproximadamente. Una serie de caminos ha permitido en sus faldeos el desarrollo de pequeñas poblaciones rurales: Aguada Cecilio, Valcheta, Paja Alta, Nahuel Niyeu, Ministro Ramos Mejía, Sierra Colorada, Los Menucos, Aguada de Guerra, Elcain, Arroyo de la Ventana, Los Berros, Sierra Pailemán, etc. Pocas son sin embargo las huellas secundarias que se internan en la meseta propiamente dicha. Tal vez por su aridez o por causa de las grandes distancias, no ha sido hasta la fecha colonizada con la intensidad de otras regiones. Hasta hace pocos años, según los datos recogidos en la zona, era una reserva aborigen de la que se poseía escasos datos.

Desde el punto de vista científico, la Meseta Somuncura es también poco conocida. Sobre ella existe un bosquejo geológico preliminar titulado "El sistema del Somuncura, las altas sierras del Somuncura y sus aledaños", cuyo autor, R. Croce, publicara en la Revista del Museo Argentino de Ciencias Naturales "Bernardino Rivadavia" en 1963. Por ese entonces la única huella de acceso partía de estancia Aragolaza (Sierra de la Ventana), mientras que ahora —aunque en muy precarias condiciones— existen varios caminos para automotores que acceden a la meseta. Tal el que utilizáramos nosotros partiendo de Paja Alta para llegar al puesto ganadero de los señores Cecchi, al pie del cerro denominado "El Puntudo".

A medida que se asciende por el camino, entre cañadones y extensas pampas, los campos mejoran sensiblemente sus características pastoriles. Los escoriales son reemplazados por terrenos arenosos donde se desarrolla el coirón. Sin embargo, la falta de aguadas naturales limita esencialmente el trabajo ganadero y el constante proceso de desertización obliga a los pobladores a la construcción de tajamares precarios, generalmente en el lecho de antiguas

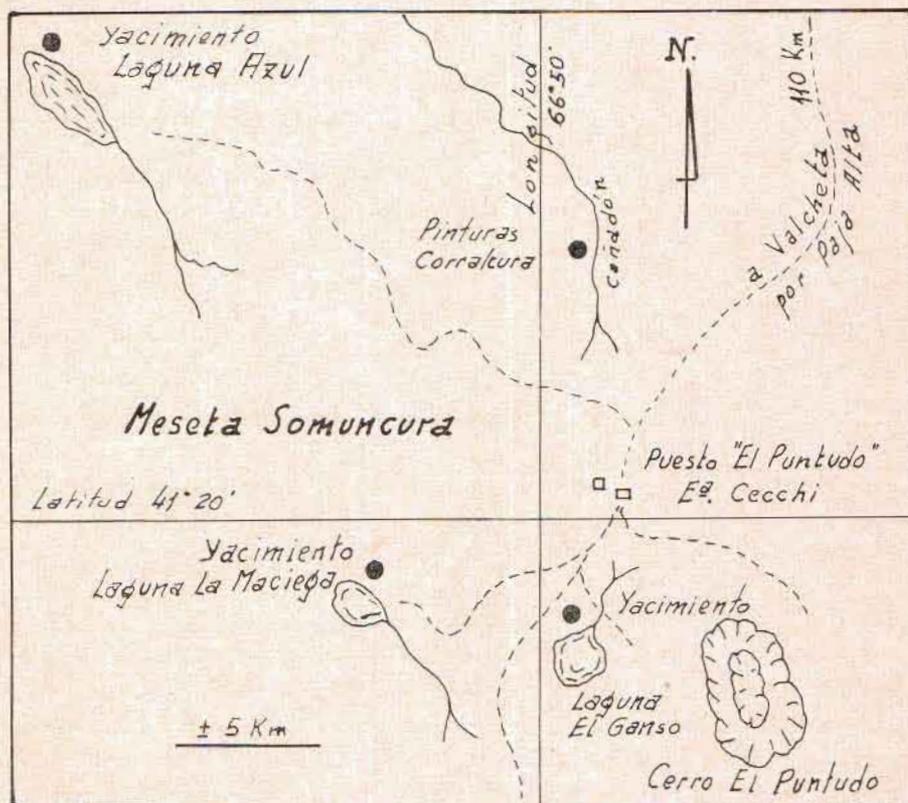


FIG. 1. Croquis de localización de los yacimientos próximos al Cerro El Puntudo (Meseta Somuncura).

lagunas, que permiten retener temporariamente el agua de las precipitaciones pluviales.

La altura de la Meseta Somuncura oscila en los 1300 metros sobre el nivel mar, con inviernos muy rigurosos, por lo cual dichos campos sólo son utilizados como veranadas desde octubre a abril. Durante el resto del año, los pobladores abandonan la zona.

El aspecto general de la meseta es el de una planicie elevada, con escasa cubierta cuartaria, en la que afloran los basaltos terciarios que han provisto el material originario de sus suelos. La topografía está recortada por suaves cañadones ondulantes que desembocan en depresiones u hondonadas, bordeadas de cornizas basálticas, donde se formaron lagunas sin desagüe.

En nuestro viaje —realizado con el subsidio y en cumplimiento de un plan del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, y con el apoyo del Centro de Investigaciones Científicas de la Provincia de Río Negro— contamos con la colaboración de un baqueano conocedor de la Meseta Somuncura, Cipriano Canilón, que también fue el guía de Croce. Gracias a él pudimos reconocer varias de las lagunas de los alrededores del cerro El Puntudo, donde fueron localizados varios sitios de interés arqueológico. Todos ellos están ubicados en las cercanías del Puesto "El Puntudo", propiedad de los señores Cecchi, a una distancia que va de 3 a 17 km hacia el N.O. del cerro

que da nombre a la zona, tal como puede apreciarse en el croquis correspondiente.

Desde hace algunos años (Gradin 1962 p. 145-148) hemos venido documentando en la Patagonia y en especial en la Meseta del Lago Strobel, la existencia de amontonamientos de piedras naturales, acumuladas en forma de arco, semicírculo, en ángulo recto y de círculo incompleto —a manera de parapetos— cuya construcción podría obedecer a la necesidad de hallar un reparo protector del viento predominante en la región. En la publicación mencionada hicimos referencia a estas precarias construcciones con la designación de "apostaderos", entreviendo la posibilidad de distinguir entre ellos los que importaban una ocupación breve de los que habían sido ocupados en forma más prolongada, aunque también temporaria. Los primeros corresponderían a los apostaderos de caza, mientras que los segundos tendrían que ver con ocupaciones habitacionales. Ello surgiría en primer lugar de su distinta ubicación, en la planicie o pampa en aquéllos y de la circunstancia de estar junto a las bardas de las lagunas en los segundos; y además de la distinta concentración del material lítico que los acompaña, constituyendo "picaderos" en el último caso. Atendiendo a la forma de la planta, dichos grupos de parapetos podrían ser: a) en arco y semicirculares; b) en ángulo recto y circulares (incompletos), respectivamente.

Amontonamientos de piedras parecidos fueron señalados por Lagiglia en el Rincón del Atuel, provincia de Mendoza (1957 y 1964), por Schobinger en el Departamento Aluminé, Neuquén (1959) y por Alá en San Rafael, Mendoza (1966). Sin embargo, sus características particulares nos inclinan a pensar que el significado que corresponde atribuirles podría ser diferente. No así a los que señala el Perito Moreno (1883 ?, p. 7) ubicados en el llano de Yanmagoo, al NO. de la Sierra Apas, que por su descripción son similares a los de la Meseta Somuncura (semicírculos con el arco hacia el E., de medio metro de altura y próximos a una laguna). Moreno no menciona su carácter habitacional, sino más bien "religioso", pues sobre ellos aparecían amontonados cráneos, huesos largos y vértebras de animales muertos, tal vez —como dice el insigne investigador— producto de un impuesto a la cacería ofrendado a la dueña de las regiones. Se trata muy probablemente de dos hechos distintos. Por un lado del testimonio arqueológico de parapetos similares a los estudiados por nosotros y por otro, del aprovechamiento de esos amontonamientos para efectuar la conocida práctica ofrendatoria de los tehuelches históricos.

En el presente viaje a la Meseta Somuncura hemos documentado una serie de parapetos similares a los estudiados en los alrededores del Lago Strobel, correspondientes al segundo grupo, es decir: próximos a lagunas y de ocupación relativamente prolongada.

Dichos parapetos fueron localizados en las proximidades de tres lagunas —hoy secas— cuyo fondo se halla a unos 40 m de desnivel con respecto a la planicie general de la zona. Cada laguna constituye en realidad una cuenca cerrada, delimitada por cornizas basálticas acantiladas, al pie de las cuales se acumula un talud empinado formado por deslizamientos gravitacionales. Hoy día las lagunas de Somuncura no son reservorios de agua, pero no cabe duda de que en tiempos pasados, y posiblemente hasta no hace mucho, fueron más pródigas y aprovechadas para temporarios asentamientos aborígenes.

Los yacimientos estudiados —Laguna Azul, Laguna La Maciega y Laguna

El Ganso— se hallan ubicados al Norte de la laguna respectiva, a distancias que oscilan entre unos pocos metros del filo de las bardas y 200 como máximo, en general aprovechando pequeños desniveles del terreno.

Laguna Azul

Es probablemente una de las más grandes de la zona. Figura en el mapa catastral de la provincia aun cuando su lecho se halla hoy día totalmente seco. En el fondo de éste aparecen algunas pocas lascas e instrumentos líticos que que parecieran provenir del arrastre de lluvias torrenciales.

Un cañadón acantilado desemboca en el extremo Este de la laguna y por él desciende una precaria huella para jinetes. En las proximidades de la desembocadura fueron localizados varias concentraciones de materiales líticos, no muy abundantes, pero en un todo similares a las que describiremos más adelante como correspondientes a los tres yacimientos principales.

Después de cruzar el lecho de la laguna, la huella de referencia asciende a las bardas opuestas. Al pie de este sitio puede apreciarse la “bajada” de los artefactos correspondientes a un extenso yacimiento ubicado en su borde superior.

El sitio arqueológico se extiende a ambos lados de la huella, al reparo de los primeros escalones de la planicie. El material aparece en superficie, abarcando aproximadamente media hectárea, pero se concentra en particular junto a un grupo de parapetos de piedra de forma circular. Los artefactos son muy abundantes en el interior de éstos y se distribuyen sin solución de continuidad en sus alrededores más próximos.

Las características principales del material lítico recogido pueden resumirse de la siguiente manera:

Artefactos elaborados en sílice, predominantemente “lechosa”. Abundancia muy marcada de raspadores grandes y medianos. Raederas simples diversas, algunas bifaciales. Perforadores. Piezas foliáceas subovales. Puntas triangulares pedunculadas, grandes y con aletas amplias, en sílices de diversos colores. Algunas puntas similares pequeñas. Fragmentos de bolas, con y sin surco, alisadas. Pequeños fragmentos de cerámica tosca, lisa e incisa.

Como puede advertirse, estos materiales deben adscribirse a un Patagónico II (Menghin 1957, p. 58; Bórmida 1964, p. 93). Esta diagnosis es puramente tentativa, ya que los materiales de éste y los demás yacimientos, serán objeto oportunamente de un estudio tipológico exhaustivo.

La recolección de los materiales de superficie —pese a su homogeneidad— fue realizada por pequeñas áreas (interior de parapetos; frente de los mismos y alrededores hasta una distancia de 15 m, aproximadamente).

Los parapetos de la Laguna Azul son similares a los hallados en el Strobel (Gradin 1962, ya mencionado). No obstante ello, incluimos aquí un nuevo esquema de parapeto tipo, representativo de los 9 que integran este sitio y cuya distribución puede apreciarse en el diagrama correspondiente.

En la entrada del parapeto C efectuamos un sondeo de 70 por 90 cm. Su resultado fue el siguiente: 0 a 0,04 m: arena edafizada con pequeñas matas y gramíneas (materiales líticos de superficie); 0,04 a 0,19 m: suelo arenoso consolidado por raicillas; 0,19 a 0,40 m: sedimento areno-arcilloso, piedras de

fogón, vestigios de carbón y ceniza (ambas capas culturalmente fértiles: raspadores, lascas, puntas pedunculadas de diverso tamaño); 0,40 a 0,45 m: capa ligeramente arcillosa, estéril; 0,45 m: roca madre.

Laguna La Maciega

Obviaremos una descripción detallada de este nuevo sitio con parapetos habitacionales, ya que tanto el marco topográfico como el material lítico recogido en él guardan gran similitud con el correspondiente a la Laguna Azul. Consignaremos sí algunas características particulares. La distribución de los parapetos puede apreciarse en el croquis respectivo.

En este lugar hicimos tres sondeos: dos en el apostadero C (interior y entrada), y uno en el B. Todos de gran fertilidad (material lítico y fogones), máxime si se tiene en cuenta sus reducidas dimensiones (70 por 90 cm). En el sondeo del parapeto B aparecieron varias puntas pedunculadas, grandes y pequeñas, entre ellas una triangular apedunculada, intercaladas sin estratigrafía aparente. Una punta microlítica se halló a la máxima profundidad. En cambio la punta triangular estaba próxima a la superficie.

Como puede apreciarse en el esquema del sondeo del parapeto B (Sondeo III), la capa superior (10 cm de espesor) está compuesta por arena suelta, muy probablemente formada como consecuencia de la erosión eólica del lecho de la laguna. Esta capa apoya sobre un suelo consolidado areno-arcilloso, de color pardo claro, en el que se encuentran incluidas las piedras de fogones. Debajo de ellas vuelve nuevamente a aparecer una delgada capa arenosa, que a su vez apoya sobre un suelo antiguo muy compacto.

Laguna El Ganso

Sus características son similares a las anteriores, salvo que en este sitio arqueológico existe una elevación acantilada que rodea el yacimiento. Al pie de ella aparece mucho material lítico del mismo tipo descrito anteriormente, entre el cual cabe mencionar otra base de punta triangular, que junto con la mencionada en el párrafo que precede son —entre varias decenas— las únicas apedunculadas recogidas en la Meseta Somuncura durante nuestro viaje.

Observaciones

El rasgo más interesante de los parapetos circulares incompletos, agrupados y a veces en contacto unos con otros, documentados en las lagunas de la Meseta Somuncura, es que se vinculan sin lugar a dudas con una ocupación habitacional relativamente prolongada. Es muy posible que esos amontonamientos de piedras hayan constituido las bases de viviendas de tipo "toldo", contra las cuales se sujetaban los cueros para reforzarlos y preservarlos de los fuertes vientos (véase a este respecto las ilustraciones de Palavecino —1930, p. 105, fig. 1— que muestran la colocación de dichas piedras).

La altura de los parapetos de Somuncura (entre 50 y 70 cm) hablan de

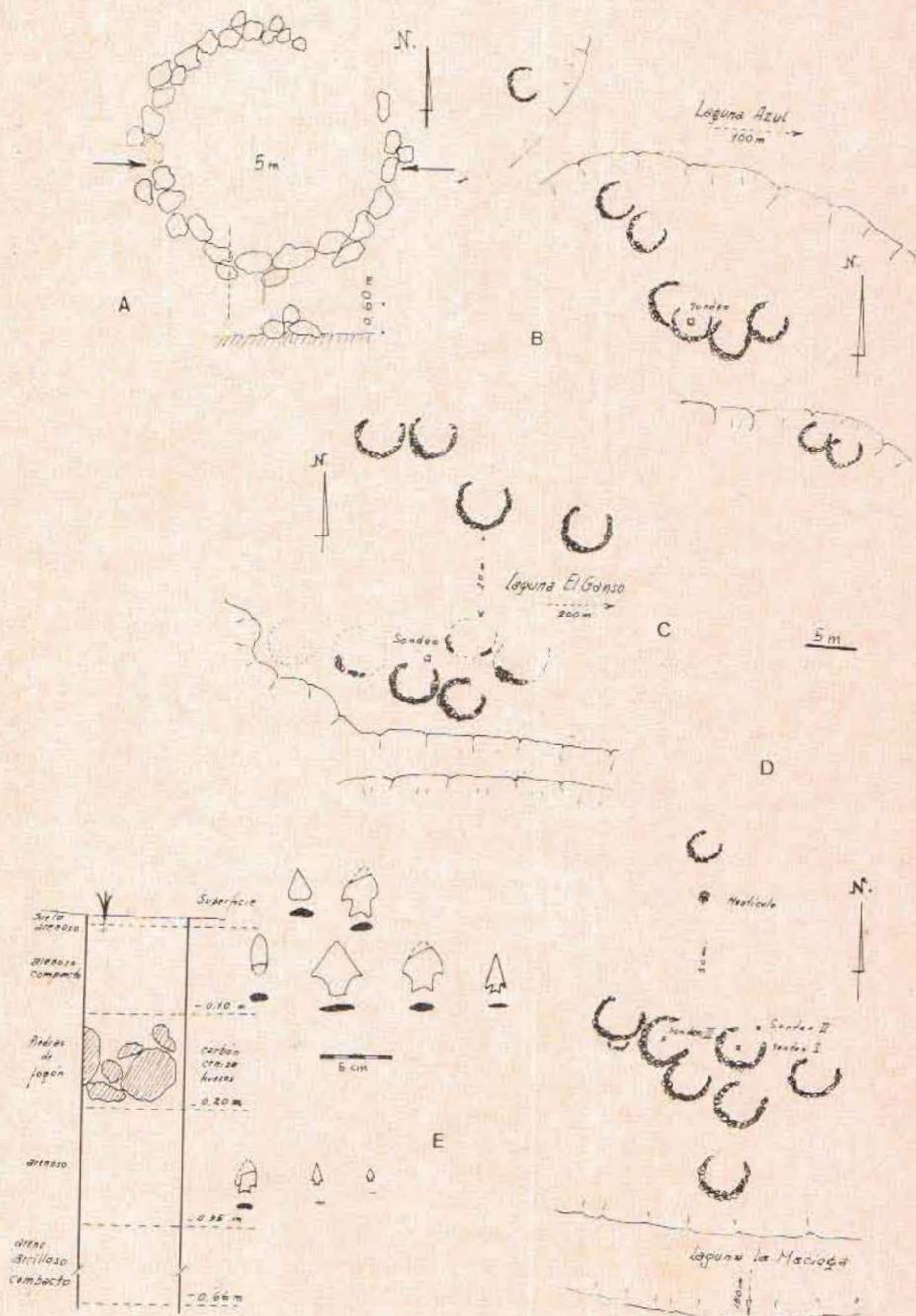


FIG. 2. A: Parapeto tipo. B, C y D: Esquema de la distribución de los parapetos habitacionales en las lagunas Azul, El Ganso, La Maciega (Meseta Somuncura). E: Sondeo III, parapeto B, Laguna La Maciega.

una función de relativa importancia. No parecen ser simples piedras acumuladas alrededor del toldo, sino más bien una pequeña pirca estable, y posiblemente reforzada cada vez que las circunstancias lo exigían. No olvidemos que los parapetos localizados se hallan en mesetas que sobrepasan los mil metros de altura sobre el nivel del mar, en zonas que se caracterizan por fríos rigurosos y fuertes vientos cordilleranos. Su carácter de viviendas de ocupación relativamente prolongada está probado por la potencia de los fogones (en su interior y junto a la entrada) y además por la abundancia del material lítico de capa y de superficie, que permiten incluir estos yacimientos en la categoría de "paraderos". Su ocupación pudo haber sido temporaria, pero repetida muchas veces a través del tiempo en sucesivas oportunidades.

El hecho de que los parapetos mantengan aproximadamente su disposición original, indican más bien que eran utilizados para apoyar los cueros que formaban el toldo y no para sujetarlos. Estos habrían sido retenidos desde el interior con otros elementos. Musters (1964, p. 142) describe elocuentemente la lucha que sus ocupantes debían sostener para evitar que cayeran cuando se desataba el viento y dice que en su interior debían amontonar contra la pared de cuero todos los enseres que llevaban en sus viajes. Difícilmente los parapetos habrían mantenido su forma original si hubieran servido para sujetar los cueros desde el interior del toldo, ya que al retirar éste, por tratarse de ocupaciones temporarias propias de cazadores seminómades, se hubieran desparrado irregularmente.

En realidad no existe ningún indicio para atestiguar con qué materiales estaban contruidos dichos toldos, pero dado el cambio insubstancial del clima y la ecología de la Patagonia, desde principios de la era, puede admitirse que ellos fueron los mismos que más tarde constatará la documentación histórica (Palavecino, 1930; Balbuena 1970). Es decir de pieles o cueros.

La distribución de los parapetos de Somuncura es perfectamente compatible con la de una pequeña "toldería". La mayor parte de ellos (6 ó 7) se aglutinan en forma más o menos regular, mientras que los menos (1 ó 2) se distancian de los restantes. Su forma circular incompleta, con la abertura siempre orientada hacia el cuadrante N.E., donde los parapetos disminuyen de altura, debió corresponder a la entrada del toldo. Su forma no es perfectamente geométrica, sin embargo puede clasificarse como circular, siendo su diámetro medio entre 4 y 7 m, y 5 su ancho más generalizado. Algunos se hallan cubiertos por sedimentos recientes y sólo pueden ubicarse después de prolija observación, lo cual denotaría en esos casos una relativa mayor antigüedad.

La gran cantidad de huesos de guanaco, partidos y quemados, recuperados en los sondeos, como así también el tipo de instrumentos líticos asociados a los parapetos, no dejan lugar a dudas sobre la economía cazadora de sus ocupantes.

Un dato interesante que puede inferirse de los tres sitios habitacionales localizados en la Meseta Somuncura se refiere a la cantidad de personas que presumiblemente integraban su población. Las dimensiones de cada parapeto (aproximadamente 5 m de diámetro término medio) nos hacen suponer que en su interior se alojaban de 4 a 6 personas (véase al respecto el dato de Muster -p. 184- que consigna que en 20 toldos se alojaban entre 70 u 80 personas). Dicho promedio multiplicado por el número de parapetos (8 término medio) da una población máxima aproximada de 40 personas por sitio. Claro que nada

podemos decir si aquellos asentamientos fueron sincrónicos o periódicamente repetidos por los mismos pobladores, pues su carácter nómada-cazador pudo llevarlos a ocupar más de una vez el mismo lugar, no sólo en distintas temporadas sino también de acuerdo con las alternativas de su economía.

La presencia de habitaciones de planta circular en el ámbito patagónico plantea un problema de interés. Como dijimos antes, fueron localizadas en la Meseta del Lago Strobel y ahora en la Meseta Somuncura, habiéndose recogido noticias de su existencia también en la Meseta del Lago Buenos Aires. Es decir, en el amplio escenario donde según Menghin (1957, p. 58 se desarrolló el Tehuelchense (Patagoniense), a partir del 2000 antes de Cristo, y representa el acervo arqueológico "de los antepasados de las distintas parcialidades de los Tehuelches históricos", entre quienes sólo se había constatado la presencia de toldos de planta aproximadamente cuadrangular (Palavecino 1930, p. 705), con variantes estacionales. La documentación que sustenta tal conclusión se refiere sin excepción al período ecuestre de los tehuelches (Parker King, 1839; Viedma, 1837; Musters 1964), lo cual se ve corroborado por una serie de ilustraciones de viajeros y pintores, posteriores al siglo XVIII (véase por ejemplo Ibarra Grasso 1967, p. 16, 17, 40, 149, 207 y 283), en las que, junto al toldo de planta cuadrangular aparecen las representaciones de caballos. Curiosamente, sin embargo, la lámina publicada por Palavecino (1930, p. 106, fig. 2), que reproduce un ilustración de Fitz Roy del toldo tehuelche, contiene dos tipos de vivienda, uno rectangular y otro cónico (tumba?), de planta circular. Por otra parte, una lámina atribuible al siglo XVII, es decir anterior al "horse complex", que ilustra costumbres aborígenes de la Patagonia (Ibarra Grasso 1967, p. 17), muestra una mampara semicircular como único testimonio de vivienda, similar a la que utilizaron los Onas (Serrano 1947, p. 244, fig. 144). Este dato parece corroborarse con la documentación citada por Outes (1905, p. 257, nota, 2 al pie de página) al recordar que "Un miembro de la expedición de Loaiza, el clérigo Juan de Areizaga, afirma que los Patagones usaban, no una habitación cubierta, sino un simple reparo construido con una piel colocada verticalmente del lado que soplab el viento (Oviedo, *Ibid*, II, 41, plancha I, figura 1), igual cosa —agrega— se deduciría del relato del piloto Ladrillero (Juan Ladrillero, *Relación del viaje al estrecho de Magallanes*, Confr. R. Guerrero Vergara, los descubridores del estrecho de Magallanes, y sus primeros exploradores, en *Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile*, VI, 499). Outes sostiene que dicho dato se refiere a los Onas porque ellos mantenían ese tipo de reparo o vivienda, aún cuando se tratara de una documentación referente a la costa continental de Patagonia. Aduce para ello que los aborígenes mencionados usaban recipientes de cuero, como los Onas, y no de alfarería que hacía tiempo utilizaban los Patagones. Pensamos que dicho argumento no es decisivo, ya que la utilización de recipientes de cuero en el extremo sur de Patagonia puede explicarse por la ascendencia cultural común de ambos grupos. Resulta indudable, en cambio, la presencia de mamparas de cuero de planta semicircular en el ámbito patagónico. (Véase la ilustración según Oviedo, publicada por Vignati, 1936, p. 603, fig. 3).

Tampoco es decisivo el argumento referente a la presencia del kau de planta aproximadamente cuadrangular, detallado por Maximiliano Transilvano,

compañero de Magallanes, (Martín Fernández de Navarrete, Colección de viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles, IV, 258) —citado por Outes (1905, 257)— ya que ambos tipos de paravientos pudieron muy bien coexistir, uno como reparo provisional y otro para una estada más prolongada.

Por lo tanto, las evidencias arqueológicas que constatan la existencia en la Patagonia de una vivienda de planta circular, con anterioridad a la conquista y especialmente al horse complex, no contradicen necesariamente la documentación histórica. Sólo señalan un distinto tipo de habitación.

¿Pero cuál sería la explicación de este cambio? ¿Cuál fue el motivo que impulsó a los cazadores epimiolíticos de la Patagonia a reemplazar un tipo de vivienda por otro?

Muchas son las influencias, en especial culturales, que arriban al ámbito patagónico a partir de los primeros siglos de nuestra era, pero es recién en el transcurso del siglo XVIII (Casamiquela 1969, p. 129), o tal vez durante el XVII (Serrano 1947, p. 249), que la presión araucana transforma radicalmente el panorama etnológico de Pampa-Patagonia.

“Los primeros apellidos araucanos ganan el área pampeana a comienzos del siglo XVIII y se hacen casi dominantes hacia sus fines”, dice Casamiquela, “las inmensas manadas de caballos han provocado un cambio profundo en la alimentación, en la movilidad (de las partidas de hombres) y por ende las comunicaciones y en las posibilidades de transporte, lo que se traduce en el aumento de tamaño de los toldos, la riqueza del vestido y las armas (incluidas las corazas de cuero)”.

En un momento posterior, a lo largo del siglo XIX —siempre según Casamiquela (1969, p. 129)— hasta la Conquista del Desierto, culmina la araucanización de la Pampa.

Los araucanos chilenos, según Serrano (1947, p. 240), mantuvieron sus viviendas con pocas variantes hasta la época actual. Y aclara: “Son verdaderos ranchos de forma rectangular u ovalada, pero en siglos anteriores los hicieron también redondos. No se agrupan a manera de aldeas sino que se levantan aisladamente”. Menghin (1959-60, p. 54), al comentar conceptos de Latcham referentes a la casa o ruca de los Mapuche, o Araucanos “auténticos”, y de los Picunche y Huilliche, dice textualmente: “No se da cuenta —se refiere a Latcham— que en ambos casos se trata de construcciones bastantes avanzadas que nada tienen que ver con las pobres viviendas de los cazadores pampeanos, sino que representan típicas formas de las culturas agrícolas; la diferenciación entre las formas de casa —de existir— sería nada más que una matización regional. Latcham aduce, además, que sus Araucanos “auténticos”, según antiguos relatos, utilizaban toldos de cuero de guanaco, sin considerar que esta noticia admite varias explicaciones. Viviendo generalmente en casas bien edificadas, los araucanos se valdrían de toldos solamente en ciertas ocasiones, ante todo en sus correrías de caza o de guerra. Lo más probable es que los conocían por mediación de algún substrato cazador que vivía en la zona antes de su inmigración; otra posibilidad es que imitaran los toldos de sus vecinos patagones o pampeanos, con los cuales naturalmente mantuvieron mucho contacto”.

De estas dos citas que acabamos de recordar se deduce claramente las diferencias que separan ambos tipos de vivienda. Uno, verdaderos ranchos al decir de Serrano, construcciones bastante avanzadas, según acota Menghin,



FIG. 3. Fotografía de un grupo de parapetos en las proximidades de la Laguna La Maciega.



FIG. 4. Fotografía de un parapeto habitacional de la Laguna Azul. Puede observarse la presencia de material arqueológico de superficie.

denominado ruca. El otro, toldo o kau, compuesto por unos pocos parantes con cubierta de cueros u otros materiales, y que más que casas constituían precarios paravientos. El primero es característico de las culturas agrícolas, mientras que el segundo es propio de los cazadores.

No es de extrañar, pues, que los toldos que utilizaron los araucanos argentinos al desbordar en el ámbito de Pampa-Patagonia y adaptarse en gran medida a los hábitos cazadores, tuvieran características de ambos. La difusión de la planta cuadrangular entre los tehuelches bien pudiera deberse no sólo al espíritu de imitación o de progreso, sino especialmente a las mejores posibilidades brindadas por la adopción del caballo como medio de transporte, al facilitar el acarreo de mayor cantidad de elementos para construir el toldo. Parantes y cueros aumentarían en cantidad y tamaño, resultando de ello un toldo más amplio y cómodo que, al decir de Viedma (1837, p. 80), "una vez terminado era como si fuese una cueva ovalada"; es decir de planta aproximadamente circular.

Para concluir con estas observaciones sobre los parapetos habitacionales de la Meseta Somuncura, diremos dos palabras sobre la dispersión del toldo de planta circular en Pampa-Patagonia.

Casamiquela aporta una idea importante sobre el panorama etnológico de la región. Para él (1969, p. 125), "los Onas históricos constituyen una buena imagen de la fisonomía que han de haber presentado todas las poblaciones de cazadores del ámbito patagónico en época arcaica. Y con esto no digo —agrega— que la evolución diferencial se haya producido en época histórica, a través del contacto cultural con el hombre blanco, sino que, aparte de esta influencia decisiva, otros contactos e influencias de distinta procedencia y grado, o aun razones de orden ecológico, la habían enriquecido ya antes de la conquista y que, en suma, de un modo u otro también a la fecha del arribo de los españoles eran notables las diferencias culturales entre los cazadores patagónicos y los cazadores fueguinos". Es decir que esa sería la imagen cultural prehispánica y tal vez pretehuelche, caracterizada entre otros rasgos fundamentales por "el simple toldo de cuero propio de los Ona, levantado como mampara en forma de semicírculo (fig. 144), y la choza cónica de palos" (Serrano 1947, p. 225); ambas de planta no cuadrangular. Por su parte Palavecino (1930, p. 710) dice que "la mampara semicircular de los Ona ... se aproxima tanto a la tienda cónica de los Pampas que bien pudiera interpretarse como un germen o forma originaria".

Ese horizonte arcaico, cubierto luego por lo que Casamiquela denomina (169, p. 134) "Cazadores Patagónidos Sudamericanos", —participantes de la Cultura Campestrina (Cooper, 1944) y con "Paravientos portátiles para las casas, hechos de pieles en el sur y de esteras en el norte" (Lothrop 1932) —citados ambos por el investigador mencionado— constituiría el antecedente —entre otros— de los grupos cazadores aborígenes documentados históricamente en el ámbito de Pampa-Patagonia. Sería un horizonte cultural que precedió a los Pampas, los Charrúas, los Querandíes y los Onas históricos en el que etnológicamente todos se unificarían con rasgos comunes en una cultura de tipo "ona".

Producida la diversificación del panorama etnológico de Pampa-Patagonia, en una "época arcaica" —como dice Casamiquela— pero cuyas últimas viscisi-

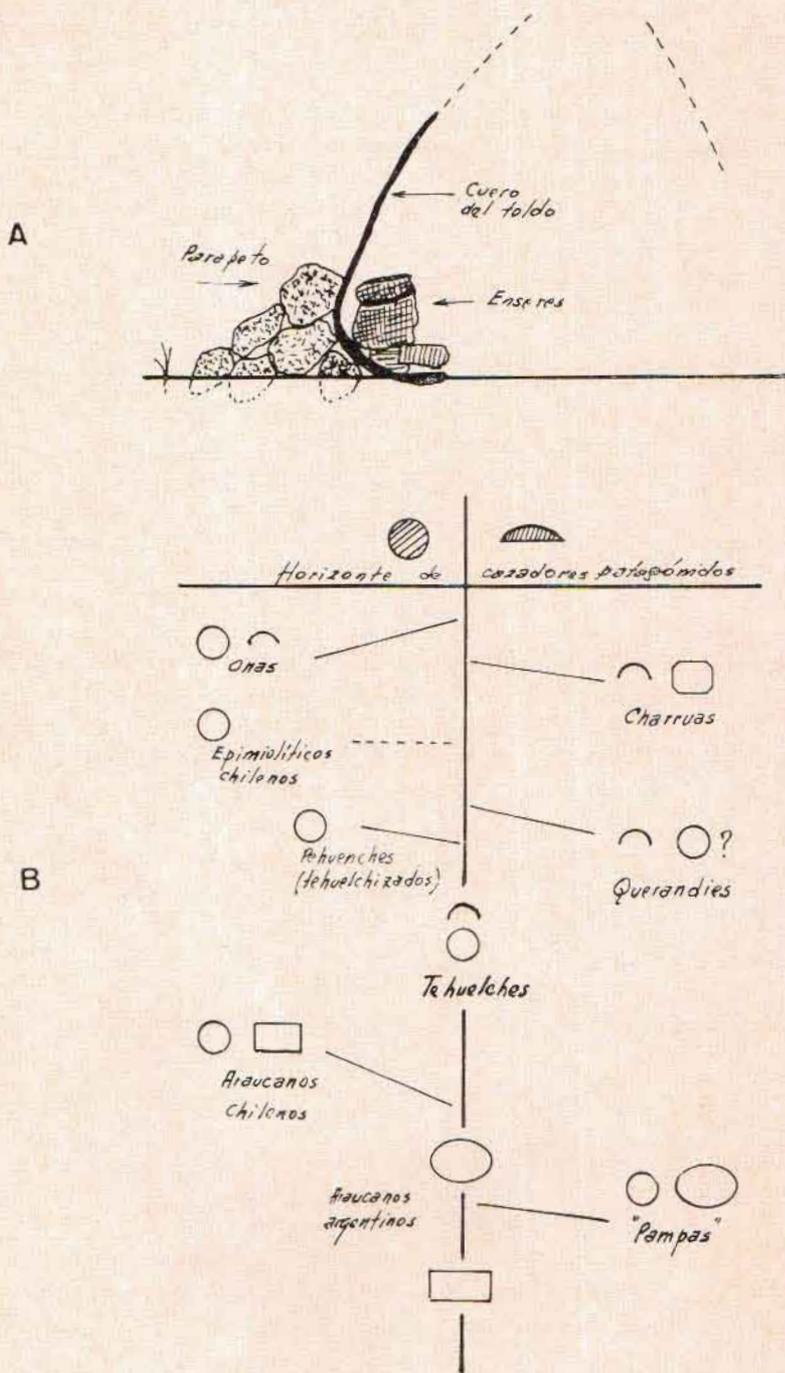


FIG. 5. A: Esquema de la posible utilización de un parapeto a los efectos de consolidar el asentamiento de un 'toldo'.
 B: Diagrama de los distintos tipos de planta en las viviendas de los cazadores de Pampa-Patagonia.

tudes alcanzan los siglos xvii y xviii de nuestra era, mediante un complejo proceso cuyas alternativas no es nuestra intención analizar (véase al respecto: Casamiquela 1965 y 1969; Bórmida 1953-54; Menghin 1952; 1959-60, entre otros), los diversos grupos de cazadores "patagónidos" son documentados por múltiples testimonios históricos; inclusive en lo referente a los distintos tipos de vivienda utilizados por cada uno de ellos.

De la primera época, arcaica, sólo poseemos que yo sepa el testimonio arqueológico de los parapetos habitacionales de las Mesetas Somuncura y del Lago Strobel, atribuibles "prima facie" a los antecesores de los Tehuelches (Patagoniense II). Su forma de planta es circular y semicircular, correspondiendo con mucha probabilidad a las bases de vivienda de tipo toldo o paravientos y mampara respectivamente, en concordancia con la que fuera documentada entre los Onas históricos.

Ambos tipos de viviendas —o al menos uno de ellos— fueron constatados en tiempos poshispánicos en casi todos los grupos aborígenes comprendidos por Casamiquela bajo la designación de "Cazadores Patagónidos". Circular entre los Pampas (según Methfessel, Palavecino 1930, p. 707), entre los querandíes en forma de "amparo, como de medias chozas de cueros de los venados o animales que matan, muy pintados e adobados para la defensa del aire o del agua" —es decir semicircular (Oviedo, Libro XXIII, Cap. III, 175; tomado de Palavecino 1930, p. 708); entre los Pehuenches tehuelchizados (sensu stricto, según Casamiquela 1969, p. 107): toldos puntiagudos, cónicos o en colmena (Poeppig 1960, p. 393, tomado del autor citado), es decir de planta circular.

Dicha planta se menciona también entre los araucanos chilenos (Serrano 1947, p. 240: "redonda") y lo mismo el toldo de cuero, este último como resultado de la existencia de un substrato cazador de la zona o por imitación de los vecinos patagones o pampeanos (Menghin 1959-60, p. 54).

Los Charrúas poseían un precario toldo de planta aproximadamente cuadrangular, pero "Durante el verano simplificaban esta vivienda, reduciéndola a una simple mampara para protegerse del viento" (Serrano 1947, p. 126), cuya forma de planta no podría ser otra que semicircular. Con respecto al toldo precario mencionado en primer término, dice Palavecino (1930, p. 711): "El toldo de planta rectangular de los Charrúas, por su armazón de varas encorvadas, se separa de las otras formas rectangulares de tienda y se aproxima a la de los Chonos, parecería que se tratase, sino de una derivación directa, por lo menos de una influencia del área tan próxima del uso intensivo de la choza en forma de colmena"; es decir derivada de una planta circular.

Todos estos testimonios de la planta de forma circular o semicircular de Pampa-Patagonia y Tierra del Fuego son pues los vestigios de un horizonte arcaico de cazadores que en la Patagonia, por muy distintas razones, fueron marginados o exterminados con posterioridad al siglo xvii, cuando hiciera irrupción la fuerza transformadora de los incipientes agricultores araucanos, cuya consecuencia para el tema que nos interesa fue la introducción de la forma cuadrangular de vivienda (Palavecino 1930, 711; admite la extracción "agraria" de la vivienda de planta cuadrangular). Esta fue adoptada primordialmente por los grupos tehuelches y afines, pero conservó su modalidad cazadora de toldo, cuyas variantes pueden muy bien explicarse por razones ecológicas. Los arau-

canos argentinos se adaptaron también a ella, ya que en parte se convirtieron en cazadores, pero la abandonaron tan pronto como la Conquista del Desierto diezmó a unos y otros. Pronto se adaptaron al "rancho" o a la humilde casa de materiales; en cambio los tehuelches, en particular los meridionales, más conservadores, volvieron a levantar sus precarios toldos de cueros en el lejano sur.

BIBLIOGRAFÍA

- ALÁ, RUBÉN O. (1966): Culturas palco-indígenas, yacimientos acerámicos en Mendoza, San Juan y N. O. argentino, *Antiquitas* vol. II p. 5-7. Buenos Aires.
- BALBUENA, JOSÉ LUIS (1970): Tipos de vivienda usados por los aborígenes nómades de la República Argentina y de la República Oriental del Uruguay. *Antiquitas* XI, p. 5-10 y 16. Buenos Aires.
- BÓRMIDA, MARCELO (1953-54): Los antiguos patagones, estudio de craneología. *Ruma*, Vol. VI, p. 5-96. Buenos Aires.
 — 1954: Arqueología de la costa Nordpatagónica. *Trabajos de Prehist., Univ. de Madrid*, Vol. XIV, 108 p. Madrid.
- CASAMIQUELA, RODOLFO M. (1965): Rectificaciones y ratificaciones. Hacia una interpretación definitiva del panorama etnológico de la Patagonia y área septentrional adyacente. *Cuad. del Sur, Inst. Human, Univ. Nac. del Sur*, 147 p. Bahía Blanca.
 — 1969: Un nuevo panorama etnológico del área pan-pampeana y patagónica adyacente. *Pruebas Etnohistóricas de la filiación tehuelche septentrional de los Querandíes. Mus. Nac. de Hist. Nat.*, 175 p. Santiago, Chile.
- CROCE, R. (1963): El sistema del Somuncura, las altas sierras del Somuncura y sus alrededores. *Rev. del Mus. Arg. de Hist. Nat. Bernardino Rivadavia; Ciencias Geológ. T. VI*, Nº 7, p. 303-321. Buenos Aires.
- GRADIN, CARLOS J. (1962): Tres informaciones referentes a la meseta del Lago Strobel (Prov. de Santa Cruz, Argentina). *Acta Praehistorica III-IV, 1959-60*, p. 144-149. Buenos Aires.
- IBARRA GRASSO, DICK EDGAR (1967): *Argentina Indígena, prehistoria americana*. Ed. Tea, 685 p. c/ilustrac. Buenos Aires.
- LAGIGLIA, HUMBERTO A. (1967): Estudios arqueológicos en el Rincón del Atuel (Depto. San Rafael, Mendoza). *Anal. de Arq. y Etnolog., Univ. Nac. de Cuyo, 1956, T. XII*, p. 229/288. Mendoza.
 — 1964: Observaciones y correcciones sobre lo que llamáramos "Pucará del Atuel". *Anal. de Arq. y Etnolog., Univ. Nac. de Cuyo, 1962-1963, T. XVII-XVIII*, p. 183-188. Mendoza.
- MENCHIN, OSVALDO F. A. (1952): Fundamentos cronológicos de la Prehistoria de Patagonia. *Ruma* V, p. 23-43. Buenos Aires.
 — 1957: Estilos del arte rupestre de Patagonia. *Acta Praehistorica I*, p. 57-87. Buenos Aires.
 — 1962: Estudios de Prehistoria Araucana. *Acta Praehistorica III/IV, 1959/60*, p. 49-120. Buenos Aires.
- MORENO, FRANCISCO P. (1883?): Recuerdos de un viaje a Nahuel Huapi. I: El llano de Yanmagoo. Visita a los Genaken. Una raza que muere. Mecanografiado, 27 p.; Biblioteca del Mus. Etnográfico de Buenos Aires.
- MUSTERS, GEORGE CH. (1964): Vida entre los Patagones, un año de excursiones por tierras no frecuentadas desde el Estrecho de Magallanes hasta el Río Negro. Ed. Hachette, 437 p. Buenos Aires. (Traducción de la 1ª ed., London 1871).
Narrative of the surveying voyages of His Majesty's Ships Adventure and Beagle between the years 1826 and 1836, describing her examination of the Southern Shores of South America, and the Beagle's circumnavigation of the globe; Vol. I-IV, London 1839.
- OUTES, FÉLIX F. (1905): La edad de piedra en Patagonia, Estudio de Arqueología comparada. *Anal. Univ. Nac. de Buenos Aires, T. XII*, p. 203-575. Buenos Aires.

- PALAVECINO, ENRIQUE (1930): Tipos de tienda usados por los aborígenes sudamericanos. Congr. Int. Americ., 1928, Vol. XXIII, p. 705-711. Nueva York.
- SCHOBINGER, JUAN (1959): Arqueología de la provincia del Neuquén. Estudio de los hallazgos mobiliarios. Anal. de Arq. y Etnolog., Univ. Nac. de Cuyo, 1957, T. XIII, p. 5-233. Mendoza.
- SERRANO, ANTONIO (1947): Los aborígenes argentinos. Síntesis etnográfica. Ed. Nova, 288 p. Buenos Aires.
- VIEDMA, ANTONIO DE (1837): Diario de un viaje a la Patagonia para reconocer los puntos en donde establecer poblaciones. Colecc. de Angelis, T. VI, p. 3-81. Buenos Aires.
- VIGNATI, MILCIADES ALEJO (1936): Las culturas indígenas de Patagonia. Hist de la Nac. Arg., Junta de His. y Mumism. Amer. Vol. I, p. 591-654. Buenos Aires.

ESTE LIBRO
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN ARTES GRÁFICAS
BARTOLOMÉ U. CHIESINO, S. A.
AMEGHINO 838 — AVELLANEDA
BUENOS AIRES
EL DÍA 22 DE OCTUBRE
DE 1971

